

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

"Crítica de la Interculturalidad proyecto político y recolonización mapuce.

Rocchietti, Ana María; Lodeserto, Alicia y Villa, Martha.

Cita:

Rocchietti, Ana María; Lodeserto, Alicia y Villa, Martha. (2005). *"Crítica de la Interculturalidad proyecto político y recolonización mapuce. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/568>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Xº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005

Título: **Crítica de la Interculturalidad Proyecto político y recolonización mapuce**

Mesa Temática Nº 60: “*Problemas de la diversidad y desigualdad sociocultural en el mundo de ayer y de hoy*” Coordinadores: Cristina De Bernardi (UNR) - Ana Esther Koldorff (UNR) - Silvia Montenegro (UNL / UNR / CONICET)

Pertenencia institucional: Universidad Nacional de Río Cuarto, Facultad de Ciencias Humanas, Departamentos de Historia y Filosofía

Autor/res: Rocchietti, Ana María (anaau2002@yahoo.com.ar); Lodeserto, Alicia (alodeserto@yahoo.com.ar)y Villa, Martha. (marthav@arnet.com.ar) Docentes-investigadoras

Dirección, teléfono, fax y dirección de correo electrónico: 0358676200 - Ruta Nacional 36 – Kilómetro 608. Río Cuarto. Provincia de Córdoba.

Este ensayo tiene por finalidad analizar algunas dimensiones políticas de la Interculturalidad, invocada en la última década como un programa para articular *culturas* y como una base para la educación de *pueblos indígenas*. Habremos de sostener que, en tanto estrategia y filosofía social, la interculturalidad constituye algo más que una intención antropologizada para gobernar a las fracciones más vulnerables de las naciones latinoamericanas modernas (los pobres y, en este caso, los pobres que invocan una ancestralidad fundada en una cultura y modo de vida que viene desde los tiempos anteriores a la invasión europea del continente). Ella es una de las tres manifestaciones práctico-políticas del orden mundial construido después de la Segunda Guerra Mundial: *interculturalidad – violencia terrorista – desarrollo* Esta tríada marca la historia contemporánea con una magnitud antes desconocida y asegura la recolonización de pueblos y naciones en todo el orbe pero se manifiesta con tenaz persistencia en América Latina.

La *interculturalidad*, es el concepto con que los técnicos neoliberales del BID y del Banco Mundial quieren designar la vinculación entre las sociedades nacionales y las etnias indígenas. Del mismo modo que la noción de *ciudadanía*, él transforma en abstractas las relaciones sociales de dominación secular cuyas características son la asimetría, la desigualdad y la discriminación racial. Des -historiza la situación colonial en que viven las

nacionalidades indígenas, aún en nuestros días, ya que saca de contexto el problema educativo respecto de su historia previa. En la Argentina, el problema no puede ser tratado sin especificar cómo fue el proceso de conquista y asimilación en cada región.

Nuestro trabajo examina el programa político de la interculturalidad desde la perspectiva de los *mapuce* del Neuquén¹ (que lo adoptan como punto de intersección y conflicto entre ellos y la sociedad argentina) y desde la del Estado (que la formula como Programa de gobierno educativo en un Programa de Educación Cultural Bilingüe lanzado en el 2004). Sostenemos que esta historia del *presente* reactualiza la política del *pasado* bajo la forma de un proyecto de recolonización social y cultural coherente con el mismo proceso, desarrollado y sostenido a escala mundial.

La exposición resumirá los principales acontecimientos del siglo XX, describirá la interacción entre violencia, interculturalidad y desarrollo y, finalmente, intentará elucidar (término metodológico aportado por Cornelius Castoriadis) las implicancias de esta interacción en la historia de nuestro tiempo.

Historia de la violencia

La historia del siglo XX está signada por la profundidad de los conflictos, la desmesura y amplitud de las guerras, y la multiplicación a escala planetaria de las revoluciones de los pueblos oprimidos. La violencia parece ser parte constitutiva de las relaciones sociales en la última centuria.

El carácter total y hondamente destructivo –quizás hasta absurdo- de la Primera y Segunda guerras mundiales así como la complejidad de los movimientos de subversión en el denominado Tercer Mundo-especialmente después de 1950- permiten mostrar de qué manera la dinámica expansiva que desenvuelve el capitalismo moderno incluye la ruptura, la crisis, la revolución y la guerra. Los dos acontecimientos bélicos mayores, uno iniciado en 1914 y otro en 1939, pueden entenderse como hitos fundantes del siglo XX. Ellos afectan todas las áreas y formas bajo las cuales se había organizado la

¹ Este trabajo se encuentra inserto en un programa de Estudios de Frontera encarado por el Laboratorio de Arqueología y Etnohistoria. Departamento de Historia. Facultad de Ciencias Humanas. Universidad Nacional de Río Cuarto. Fue elaborado como resultado del trabajo en conjunto entre el Seminario de Integración en Ciencias Sociales dictado por AMR) e Historia del Mundo Contemporáneo (AL).

sociedad decimonónica, pero resolviendo, a su vez, la continuidad del sistema capitalista básicamente expansionista y colonialista.

La Primera Gran Guerra, por ejemplo, se presenta como un epifenómeno de la aceleración del crecimiento capitalista en la era del imperialismo, que pone en jaque las fronteras y límites de los estados comprometidos con sus burguesías nacionales². Ancla en una historia más larga que se caracteriza, en parte, por la extraordinaria amplitud e interdependencia de la economía mundial que no sólo incrementa la competencia sino que también convierte al equilibrio europeo en una cuestión de alcance universal (Lettieri, 2003); y por otra, por el rol fundamental del Estado por cuanto garantía del desarrollo capitalista transforma los intereses particulares de una clase social en interés nacional.

De aquí se derivan tres situaciones que operan en el comienzo de la guerra: la ruptura del equilibrio europeo de la mano emergente de industria alemana; la difusión del nacionalismo y de doctrinas de corte evolucionista que justifican la supremacía civilizatoria de la cultura europea; y la actitud belicista de los gobiernos de las grandes potencias que comienzan a considerar a la guerra como una solución posible para los conflictos de Europa (Dawbarn, 2001).

No es casual que el conflicto explote en Sarajevo. El asesinato del Archiduque francisco Fernando en junio de 1914 y el posterior ultimátum austriaco, no sólo reactualiza la cuestión balcánica sino que también revela el trasfondo profundo de la guerra: la confrontación entre las exigencias imperialista de la debilitada Austria-Hungría y las pretensiones emancipatorias del nacionalismo serbio. El denominado polvorín de los Balcanes no es sino la expresión más patente y patética de los antagonismos creados por las fuerzas de un capitalismo en expansión que interpela al Estado, le exige y obliga, colocándolo en una desbocada carrera por la conquista de mercados, territorios y poblaciones. Los Balcanes registran esta complejidad en un nuevo ajuste colonial que, para comienzos del siglo, enfrenta a dos bloques de países imperialistas y el deseo independentista de los pueblos del este europeo. Mas precisamente, el nacionalismo de Serbia, Bosnia y Bulgaria confronta con el pangermanismo alemán, los intereses coloniales del Imperio Turco, la búsqueda hegemónica de Austra-Hungría en la región -que además es respaldo militar del expansionismo

² Puede verse el artículo de León Trotsky “La Guerra y la Internacional” de 1914 publicado Marxists Internet Archive. www.marxists.org (13/03/05).

alemán- y el paneslavismo ruso –que es a su vez, retaguardia oriental de la diplomacia francesa y soporte del colonialismo británico en el este europeo-.

Los cuatro largos años de contienda convierten al conflicto europeo en verdadera guerra total. Representa un costo de 186.000 millones de dólares para los países beligerantes, 37 millones de bajas en los combates terrestres y unos casi 10 millones de muertes civiles (Kroneberg, 1940). Este es el drama humano de la guerra. Indudablemente lo es de todas las guerras, pero en ésta particularmente agravado por el carácter de no retorno que implica la beligerancia en tiempos del imperialismo. Como dice Hobsbawm: en tanto los objetivos de la guerra son ilimitados, queda convertida en un asunto de vida o muerte (1998).

Vista desde este lugar, no puede quedar lugar a dudas que la Primera Guerra Mundial –con su implicancia de victoria o derrota total- significa una drástica transformación del sistema internacional. Ella desactiva el “peligro alemán” en función de las decisiones tomadas en Versalles; cambia el modelo de estado que abandona el antiguo principio del *laissez faire* por el intervencionismo en áreas económicas vitales -la guerra le da ese derecho-; entrega a manos de Estados Unidos el centro de dominación mundial y remodela el mapa europeo sustituyendo los viejos imperios por la forma política del Estado-Nación (Nouschi, 1996). No obstante, y a pesar de todos los cambios, no resuelve el verdadero nudo del enfrentamiento acentuando las fronteras a la expansión del capital y los límites de su dominio.

En 1939 el retorno del conflicto bélico, en tanto hunde sus raíces en los problemas no resueltos por el anterior, vuelve a presentarse como la trabazón armada entre Estados imperialistas que luchan por el predominio mundial. Ahora la confrontación es entre dos modelos: el orden establecido en Versalles, que había dejado a Francia e Inglaterra como naciones privilegiadas, y el nuevo orden Nazi-Totalitario que pretende instituir el predominio de las naciones subordinadas en Versalles y que ven restringidas sus posibilidades coloniales y su acceso al mercado mundial. En pocas palabras, la nueva contienda es una expresión más del carácter hostil y agresivo de la competencia imperialista.

La diplomacia europea de entreguerras es un ejemplo. Ella confronta dos tipos de políticas: la política exterior de la Alemania Nazi y la política del

Apaciguamiento de la Sociedad de Naciones. La primera se funda en el expansionismo de esencia racista de Hitler que incluye el concepto de espacio vital y la idea de reconquista de la libertad del pueblo alemán vinculada a la abolición del Tratado de Versalles y la reconstrucción del Gran Reich (Buchrucker, 2001). La segunda remite a la política de Francia e Inglaterra tendiente a mantener la paz y el status quo de 1919. La dos potencias reconocen el plano de debilidad sobre el que se edifica su predominio en Europa así como la vulnerabilidad de su sistema colonial: ahora más extenso que nunca pero en franco proceso de descomposición. La defensa de la paz es también la defensa del imperio británico, de aquí se deriva la actitud de compromiso y acuerdo de Chamberlain en Munich en 1938 (Colloti, 1986).

Es el evento central del siglo en tanto asume un carácter revolucionario en función de su capacidad de cerrar con el ciclo de crisis y reorganización del capitalismo que se había iniciado en 1914 (Hobsbawm, 1998).

En un balance de corto plazo el impacto mayor es de la destrucción. Los costos humanos al final de la Segunda Guerra Mundial son muy superiores a los de 1918, lo que la convierte en el acontecimiento más mortífero del siglo. La nueva tecnología bélica y el número de estados involucrados progresivamente hacen de todo el planeta un verdadero campo de batalla. Pero no sólo es el número de muertes civiles y militares –cuatro veces mayor que en la Primera- sino también los procesos de desplazamiento de población a los que da lugar.

A mediano y largo plazo, la guerra es el laboratorio de origen del orden mundial que imperará durante la siguiente mitad del siglo. Ella desata tres fenómenos principales: 1) el crecimiento sin parangón, por lo menos hasta 1973, de las economías de los países desarrollados. La década del cincuenta da inicio a un prolongado ciclo de expansión favorecido por la rápida reconversión de la industria bélica a las necesidades de la producción en épocas de paz, las políticas bienestaristas del Estado keynesiano, y los muy baratos costos del petróleo. 2) El imperio del capital norteamericano en el mercado y las finanzas internacionales. Hegemonía que se consagra y refuerza en Bretton Woods y el Gatt. 3) La internacionalización y transnacionalización de la economía. Los últimos años del siglo son los del gran comercio internacional y de las grandes empresas multinacionales, pues la Segunda Guerra libera al capitalismo de las trabas que durante más de treinta años habían constreñido su expansión.

Ahora el capital puede operar por fuera de las fronteras territoriales de los Estados y el sistema se hace global.

En este nuevo contexto –y bajo la presión, más improbable que real, del enfrentamiento nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética- la guerra se traslada a la periferia oprimida del sistema. Los pueblos del Tercer Mundo estallan frente a la intensificación de la pobreza y la perpetuidad de la dominación³. La guerra, la revolución, la represión son las expresiones constantes de la violencia en las regiones más pobres del planeta. Hemos organizado tres ciclos para esta segunda mitad del siglo:

1) Las guerras de descolonización: aquellas que se desenvuelven en territorios donde las metrópolis o las elites locales se resisten a la independencia (como en Argelia, Kenia, Malaysia, Indochina) así como las que se derivan de los conflictos fronterizos en la configuración de los nuevos Estados independientes (por ejemplo las tres guerras de delimitación de fronteras en la India: la guerra entre la India y China, la Primera y la Segunda Guerra Indo- Pakistání, o la guerra de los Seis Días, en el Próximo Oriente, donde Israel ocupa Cisjordania y la Franja de Gaza). (Huguet, 2001).

En este marco, Vietnam reviste suma complejidad porque aquí la guerra queda atrapada no sólo en la lucha nacionalista sino también en la confrontación de Guerra Fría. La pugna por la independencia enfrenta a Indochina y Francia desde el final de la Segunda Guerra Mundial y hasta 1954, cuando el pueblo Vietnamita pone fin a un siglo de subordinación colonial en la batalla de Dien Bien Puh. Aquí se reconoce la soberanía de dos repúblicas: la República Democrática de Vietnam del Norte, con régimen comunista, y la República Democrática de Vietnam del Sur bajo influencia de Estados Unidos. Diez años después los vietnamitas estarían nuevamente sumergidos en la guerra a partir de la intervención cada vez más numerosa del ejército norteamericano destinado a combatir las fuerzas nacionalistas del Vietcong. El conflicto se complica en razón de la imposibilidad Norteamérica de derrotar la resistencia vietnamita de la expansión de la contienda hacia todo el sudeste asiático (Lettieri, 2003). En enero de 1973, en medio del bochorno y el escándalo, Estados Unidos debe retirar sus tropas.

³ Recuérdese el concepto de contra-violencia recíproca de Fanon (1972).

2) La guerra revolucionaria antiimperialista: sin desconocer casos africanos como Ghana, Guinea, el movimiento lumumbista en el Congo Belga, o la misma revolución iraní en el Medio Oriente; quizás pueda pensarse que este tipo de guerra alcanza gran magnitud y generalización en América Latina con movimientos insurreccionales que van desde la Revolución Cubana a la formación de las FARC en Colombia y Sendero Luminoso en Perú.

La revolución castrista en Cuba en 1959 derroca la dictadura de Fulgencio Batista –sostenida con apoyo de Estados Unidos- estableciendo un amplio programa de reforma agraria y propiedad estatal de los medios de producción (Dias Carcanholo y Nakatani, 2004). El acercamiento de Fidel Castro a la Unión Soviética, altera y lleva a la histeria las relaciones bipolares de la Guerra Fría culminando en la invasión de Bahía de los Cochinos y la Crisis de los Misiles en 1962. Pero más allá de la tensión internacional que provoca la revolución en Cuba, ésta reviste gran importancia en cuanto se convierte en paradigma de toda una generación de revoluciones que redefinen el mapa político de América Latina. De aquí que la década siguiente registre tanto la intensificación de la guerra -El Salvador y Nicaragua por ejemplo- como la represión y la serie de golpes de estado propiciados desde Washington (Hobsbawn, 1998).

3) La guerra fundamentalista: éste es un fenómeno novedoso del último cuarto de siglo, en tanto la revolución y la guerra aparecen fundamentadas en movimientos religiosos que han adquirido un masivo carácter político y populista. Casos como la Revolución Iraní de 1979 o Afganistán en 1978 son sus primeros ejemplos.

El final del régimen del Sha de Irán es uno de los acontecimientos revolucionarios más importantes. En su desarrollo combina dos formas de movilización: la revolución social y popular –para algunos autores proletaria- y la revolución del clero islámico. La primera comienza a mediados de los setenta con las protestas de la intelligentsia islámica a favor de los derechos civiles y progresivamente la manifestación social avanza hasta culminar en un movimiento huelguista frente al programa de modernización e industrialización que emprende el gobierno del Sha sobre la base de la riqueza petrolera y el apoyo norteamericano (Satas y Pujol, 2003). Hacia 1979 el poder del Sha ha quedado en una situación de deslegitimidad política que lo lleva a perder el

apoyo de todos los sectores de las masas –el campesinado, la intelligentsia, las clases medias y la mayoría del ejército-. La segunda, la revolución desde la religión, se inserta en la singularidad cultural iraní donde el clero islámico ocupa un lugar político medular. A comienzos de 1979, la llegada de Jomeini, modifica el cuadro de situación y la revolución –ahora en las manos del clero- queda convertida en fundamentalismo religioso (Hobsbawn, 1998).

Desde la revolución iraní, los movimientos religiosos en el mundo islámico han expandido su acción y profundizado sus fuerzas políticas convirtiéndose en una de las fuentes de sublevación armada más importantes no sólo para Oriente Medio sino también el mundo entero.

Esta síntesis de acontecimientos no es, sin dudas, exhaustiva pero permite un marco de comprensión de la historia reciente en su carácter más dramático: el de la violencia en cuanto elemento constitutivo de la vida social que perpetua la dominación y la desigualdad.

Mapuce⁴

Cuando los españoles ocuparon el largo y estrecho territorio que dejaban los Andes llegar al mar (el océano Pacífico), entre el río Mapocho y la costa laberíntica del sur de Chile los *Mapuce* resistieron y fueron independientes hasta 1881. Exactamente trescientos cuarenta años porque todo duró desde 1541 en que Pedro de Valdivia fundó Santiago del Nuevo Extremo. Su región – al sur del Bio-Bio- se conoció con el nombre de *La Frontera* a pesar de que ella terminaba en la remota y nublada isla de Chiloé y no era una Línea militar sino una porción geográfica considerable. Su origen es incierto: para algunos etnólogos, vienen de la Amazonía; para otros poseen filiación andina. Lo que hizo sucumbir a la independencia mapuce fue el ansia voraz de tierras por los blancos republicanos después de 1850 (década clave porque iban a ocurrir cambios internacionales muy profundos a la par de la exportación de la revolución industrial desde Inglaterra). Finalmente el territorio fue ocupado y la resistencia exterminada; pasaron a constituir una ruralidad periférica y auto subsistente. Previamente, en el siglo XVII, habían comenzado a deslizarse hacia las pampas argentinas y a hostigar a la rica frontera de Buenos Aires

⁴ Ésta es la escritura de su nombre que ellos adoptan ahora.

llegando a reinar –sin par- en las salinas, en los médanos y en las rastrilladas por las que se llevaban el ganado a Chile.

Tanto en Chile (su patria originaria) como en la Argentina los mapuce guardan la organización social de su cultura.

Dice Raymond Williams que se puede distinguir la cultura de otras formas de organización sistemática (aún cuando no sería adecuado considerarla como algo separado). Se refiere a los sistemas económico, político y generacional (o de parentesco y de familia) cuya escisión no es radical y a los cuales la cultura ofrecería un sistema de significaciones. Ese sistema se distingue a sí mismo en la lengua y en el sistema de pensamiento o de conciencia y constituye una práctica específica: la *práctica significativa*. Ella produce instituciones específicas y obras. El término *ideología* también se le podría aplicar y él llama a esto un *sistema de significaciones realizado* (Williams, 1992: 206 – 208).

El hecho de que la ideología mapuce perdure no es extraño (porque se ha verificado muchas veces en la historia humana). De lo que hay que tomar nota es de que, además de organizarse socialmente para sobrevivir, en su caso se ha vuelto una bandera de lucha (casi en los términos con que lo hacen los movimientos sociales contemporáneos); es decir, una organización con contenido político (Rocchietti, 2000 y 2004)

Violencia, Interculturalidad y Desarrollo

Para obtener un orden estable y definitivo el capitalismo -a escala geográfica totalizada- requiere forjar una unidad legal, política y ética que sostenga al mercado libre como institución fundamental de esa mundialización (llamada desde 1989 *Globalización*). No puede hacerlo sin apelar a la violencia ni sin suscitar una violencia de contrapartida; no se trata de cualquier *violencia* sino de una muy especial y concreta: es la violencia terrorista. Como –en tanto formación económica y social- requiere disolver toda otra forma de relación social que no sea la de mercado y habiendo alcanzado una expansión de la producción de bienes inusitada, no puede sino provocar resistencia y oposición para salvaguardar la identidad o la independencia (cultural, nacional, religiosa) o para escapar a las desigualdades estructurales que encierra que son, en sí

mismas, igualmente inusitadas. Un sistema violento engendra luchas de resistencia, asimismo, violentas. Su carácter, entonces, es el de una amenaza mortal.

Dice Edgar Morín:

“La palabra desarrollo significa que el crecimiento técnico y económico es la locomotora de un desarrollo social y humano que va a efectuarse siguiendo el modelo occidental... La idea de desarrollo supone que el estado actual de las sociedades occidentales es la finalidad para todas las otras sociedades y, por extensión, la finalidad de la historia humana...” (Morin, 2004: 43).

Ya en su Filosofía del Derecho (1821) Hegel explicitaba que el Estado es la realidad de una idea Moral, la cual –en su concepción- terminaría como conciencia de sí particular pero elevada a lo general y –sobre todo- como lo racional *en y para sí*. El poder legislativo es, entonces, la fuerza metafísica del Estado (Barbier, 1992). Visto de esta manera, el sistema no ha hecho sino crecer y crecer hasta devenir, a través de acuerdos mundiales, en una totalidad que salvaguarda la realización de su propia normatividad y goce aún a costa de dilapidar riqueza, de repartirla de manera desigual y de resguardar la naturaleza de su orden a través de una fuerza armada global. Este proceso quedó abierto –sin limitaciones- después de la Segunda Guerra y no es posible saber dónde terminará.

En 1789, revolución política según el Marx de La Cuestión Judía (2004) el Estado burgués ascendió y se instauró como una nueva totalidad jurídica que impuso su organización a la sociedad civil en correlación con la nueva estructura de fuerzas productivas pero –he aquí la novedad- concediendo derechos al Hombre y al ciudadano a cambio de concentrar el monopolio de la fuerza y de la soberanía. Después de la Segunda Guerra Mundial y sus latrocinios se inauguran, en 1948, los Derechos del Hombre a escala internacional. Paradoja: reconocimiento de derechos pero a despecho de la violencia y del desarme compulsivo sobre los adversarios peligrosos (calificados de subversivos o de terroristas pero reconociendo que el Estado puede volverse, asimismo, terrorista). En la década de los ochenta del siglo que murió, asciende la ideología de la racionalidad comunicativa (Jürgen Habermas) y del consenso que evite caer en la contradicción performativa (Hans Otto Apel). Sus filosofías tienden a sugerir que la lucha en el terreno

debiera dejar paso al diálogo; entre las distintas formas que éste pudiera asumir está el *intercultural* puesto que ya por esa época, los Estados empezaban a reconocerse multiétnicos y pluriculturales a medida que avanzaba la mundialización del mercado capitalista tardío. Están precedidas por una barbarie inexplicable: la de la tortura, la explotación y la muerte en cualquier parte del globo en el que haya surgido una oposición verdadera a los designios del capital. Una histeria que puede ser considerada *antropofagia* (Cèsaire, 1955: 6).

¿*Qué es la interculturalidad?* La interculturalidad no se limitaría al campo de la educación sino que estaría presente en las relaciones humanas en general como alternativa frente al autoritarismo, el dogmatismo y el etnocentrismo (Haise, Tubito y Ardito, 2000:5). Define a la cultura como “maneras de concebir el mundo” y su núcleo está constituido por la forma y el grado de contraste grupal en relación con otros grupos o dentro de la sociedad nacional. Desde el punto de vista de la lengua implica diferencias de prácticas, de sintaxis y de conceptos de espacio y tiempo. Las mismas afectarían de alguna manera a la educación escolar que reciben los Pueblos.

La relación intercultural podría asumir distintas modalidades: subestimación colectiva, tránsito desde la asimilación hacia la integración, intolerancia, reconciliación con el propio pasado y autoestima equilibrada. En general, hoy se reconoce que el mundo es plural y que existe una heterogeneidad irreductible en las formas de vida y estilos de desarrollo social.

Designa el esfuerzo por tender *puentes* entre culturas (generalmente entre alguna de esas culturas populares o etnográficas, pero especialmente estas últimas); puentes que se definen en términos de comprensión de usos tradicionales distintos y de géneros de vida contrastantes habitualmente materializados en lenguas que actualmente no tiene oportunidad de generalizarse o por un enclaustramiento social duradero. En todos los casos supone un proceso, anterior, de enajenación cultural (propio del colonialismo) y de acción estatal asimilacionista la cual se pretende revertir a partir de una justicia compensatoria que llega cuando esas culturas están a punto de disolverse. En todos los casos responden a reclamos puntuales -que ahora se hacen oír- sobre distintos tipos de demandas: de estatuto político (para obtener condición de pueblos, naciones o nacionalidades), de organización social

(como, por ejemplo, participación, leyes, reconocimiento de instituciones indígenas).

Dejando de lado cierta complicidad de los pueblos indígenas o afines con la minorización implícita en la relación clientelar con el Estado, emerge como un discurso de liderazgo y de convicción el reclamo por la interculturalidad sin reparar cuanto ceden a la sociedad dominante y a la ideología hegemónica.

Para el Estado, ¿qué es la interculturalidad?. En principio es *estar, acompañar, respetar, interiorizarse sobre una cultura y otorgarle dignidad*. (Ibáñez Caselli, 2003). Método inocente para gobernar un universo relativamente díscolo⁵, imprevisible por debajo de su servidumbre y sumisión. El campo educativo habrá de ser el ámbito en que estos principios se concreten sin mella de las fuerzas asimiladoras que toman ahora otras modalidades. Frecuentemente toman la forma de la filosofía y método de la Pedagogía del Oprimido de Paulo Freire pero, sobre todo, estimulan el relativismo cultural y epistémico que es característico de nuestra época.

Para las nacionalidades originarias, ¿qué es la interculturalidad?. Es un medio para vincularse al Estado sin rendir, todavía, sus organizaciones colectivas y sus instituciones ancestrales. Los fundamentos discursivos aluden a una interculturalidad simétrica, a una relación social que tendrá características de simetría y respeto mutuo: una suerte de clemencia a la disrupción que importan a la sociedad envolvente y un canto del cisne antes de desaparecer.

El modelo de desarrollo persiste: es el que corresponde a las sociedades caracterizadas por el sobredesarrollo (categoría inventada para poder describir la concentración económica actual) y que las minorías – mayorías nunca podrán alcanzar por ser la fuente de donde se extrae el valor y el plusvalor de esa acumulación de riqueza. La ideología de la interculturalidad viene – entonces- a salvar una suerte de abismo social que es necesario colmar para que no estalle. Se nutre, más bien, en la violencia simbólica que es frecuente repositorio de las tendencias de reparación a los efectos del colonialismo sin eliminarlo. La interculturalidad forma parte de un movimiento de re-colonización que neutralice los efectos –a su vez deletéreos- de otorgar y de violar, después, los derechos humanos. La habilidad superlativa de hacer que los

⁵ Sólo cabe pensar al respecto las luchas de chiapanecos, mayas, aymaras y etnias ecuatorianas durante la última década.

propios oprimidos la reclamen no es sino parte de la racionalidad comunicativa habermasiana: aquella que entrega en la mesa de negociaciones lo que ha conquistado (apenas) en el terreno de los acontecimientos históricos. En ese contexto ideológico pueden verse como distintos de otros oprimidos en virtud de la herencia social de la que son portadores (indígena, originaria, preexistente a la Nación moderna misma) y retacear su aporte a las luchas movimientistas de nuestra edad (sin tierra, piqueteros, desocupados, etc) presentándose como una heredad ancestral desheredada que interpelará al Estado únicamente desde ese lugar.

Esta situación histórica requiere el *reconocimiento* de una especificidad⁶: la formada por el *darse cuenta*, por la toma de conciencia sobre la naturalización de la violencia, sobre el verdadero contenido del desarrollo y sobre la verdadera política hacia la diversidad de culturas habida cuenta del universo de racionalidad instrumental y de cálculo en el que estos problemas son subsumidos en la historia del presente.

Podríamos ver este problema a la luz de dos dimensiones: una sustantiva y otra política. En el primer caso, esta historia específica gira en torno a los reclamos de derechos (incluidos los ancestrales como “otro” derecho), dimensión que incluye la interculturalidad. En el segundo, lo que cuenta es la pérdida de autonomía político-territorial de esas nacionalidades originarias (Rocchetti et al, 1999) y su necesidad de articularse con la formación dominante a medida que avanza la mundialización. El elemento más interesante de la articulación de estas dos dimensiones es que promueve dos contrapartes que buscan un pacto social abarcador, dialogal y avanzado (en términos del posicionamiento en la arena política): una exige la interculturalidad para concretar su autonomía (fundamentalmente educativo-lingüística), la otra para asegurar –por otros medios- la colonización. En otras palabras: el antropófago convence a la humanidad, que será comida, del carácter clemente (no violento) del acto –ritual pero efectivo- de comer⁷.

⁶ Usamos aquí el concepto de especificidad propuesto por Agnes Heller como especificidad humana, es decir, aquella por la que un individuo “maduro” asimila las relaciones sociales, lo cual significa asimilar las jerarquías que impone la división social del trabajo (Heller, 1985) y se somete a la interpelación ética a través de la cual se interesa por todo el género humano.

⁷ La política de Interculturalidad coincide con el programa de la Tercera Vía –que se presenta a sí mismo como la “izquierda moderada”- que incluye aceptar el capitalismo, mantener algunos logros del Estado

La interculturalidad elucidada

Contrariando las fuentes habituales para examinar los dilemas de vinculación entre clases sociales y grupos étnicos en las sociedades de nuestro tiempo (fundamentalmente Habermas, al cual acuden para buscar inspiración preformativa los analistas de estos problemas), apelaremos a Cornelius Castoriadis.

Su eje teórico ronda en torno a la preocupación por indagar la viabilidad de pensar en un proyecto de transformación social que conduzca a la institución de una sociedad integrada por hombres autónomos, “una sociedad autónoma es una sociedad que cuestiona todo sentido previo, y por eso libera la creación de nuevas significaciones” (Castoriadis,1991). Para su concreción se requiere de un procedimiento que el autor denomina *elucidación*, el cual consiste en que los hombres intenten “pensar lo que hacen y saber lo que piensan”. La elucidación es el elemento indispensable en la constitución de los imaginarios sociales entendidos como la “creación incesante y esencialmente *indeterminada* (social-histórica y psíquica) de figuras/formas/imágenes,.....” (ibidem), es decir, de las representaciones que el hombre necesita para organizar su vida en sociedad, de la que depende su sobrevivencia. Castoriadis desecha lo acabado, *lo instituido*, a lo que hace alusión la representación social porque ésta opera como clausura, por cuanto lo pensado no puede ser cuestionado en lo esencial. Por eso su interés, está centrado en el proceso, en lo *instituyente*, en lo constituyente que es el imaginario social, dado el objetivo de su indagación: la creación de nuevas significaciones. La finalidad de la elucidación es la de poner a luz la constitución del imaginario instituido y la de crear un nuevo imaginario. En este sentido, la espiritualidad mapuce como fundamentalismo y la interculturalidad como programa (compartido con el Estado) resumen un imaginario con perspectivas difusas: auto-organizativo por un lado y subordinado por otro. Combina la aspiración reivindicativa con una forma de conciencia social (la ideológica) que sostiene activa y militantemente una independencia histórica. El sociólogo portugués de Sousa Santos denomina *colonialidad* a la disposición por colonizar todo reducto que aloje una

keynesiano y construir una actitud tolerante (mediante las leyes pertinentes) hacia las minorías sexuales, étnicas y religiosas (con excepción de los fundamentalismos).

cultura diferente. Los mapuce ofrecen una disponibilidad *no elucidada* al Estado neocolonizador cuyas características ya no son las –filosófica e ideológicamente formuladas- por la Ilustración del siglo XVIII sino la del Estado cuya forma institucional se deriva de las confrontaciones y delirios imperialistas del siglo XX. A pesar de su aparente liberalidad programática (ya que está dispuesto a conceder “derechos”), aplica una institucionalidad destinada a concentrar y garantizar el uso monopólico de los factores de la producción. Al respecto, no hay que olvidar que el territorio que los mapuce llaman *Puel* (y que, desde lo político es de más segura reivindicación), es decir, la Provincia del Neuquen tiene algunas características especiales. Está recorrida de norte a sur por los Andes de transición (vinculados a los Andes áridos de más al norte), los Andes patagónicos (con sus lagos glaciarios, sus bosques de Pehuén y sus numerosos cursos de agua que se deslizan hacia la vertiente atlántica), los Patagónides (relictos de montañas viejas) y, por fin, la meseta (una estepa pobre donde pastan los cada vez más escasos ganados de los mapuce). A partir del meridiano 70º Oeste, a la altura de Zapala y de Piedra del Águila, este llano sedimentario que llega hasta el mar, encierra el petróleo y el gas, motivo de la incontrolable violencia contemporánea. Los mapuce, entonces, moran sobre un subsuelo rico que los hará inevitablemente parte de un conflicto. Por ahora reclaman ante el Estado y ante las empresas petroleras sobre la base de una argumentación “permitida” dentro del esquema neo-colonial: la cultura mapuce y la merma –inducida- de las tierras de reserva y se someten (parcialmente, es cierto) a las respuestas populistas o desarrollistas con las que el Estado contemporáneo ha sabido –a su vez- organizar a las clases subalternas.

Consideraciones finales

Señalar que el mundo contemporáneo es violento (o muy violento), que el modelo de desarrollo tiende a ser único y monopólico, que el ordenamiento político de la última mundialización no hace sino ratificar el curso de la historia del capitalismo (especialmente en su etapa de los siglos XIX y XX), que ésta no hace sino andar el camino de la recolonización permanente de los bolsones de resistencia o de autonomía es –sin duda- reiterativo. Pero no lo es captar los

procesos de subjetividad del colonizado, los vericuetos por los que organiza su resistencia, básicamente, alojados en procesos de espiritualidad o cultura.

Referencias bibliográficas

Barbier, Maurice 1992 La genése de l'Etat au Marx. *Actuel Marx*,15. Paris: 161 – 182.

Buchrucker, C. 2001 La era de los proyectos totales: comunismo y fascismo (1917-1945). En Aróstegui et al (Directores) *El mundo contemporáneo: historia y problemas*. Biblios. Bs. As.

Castoriadis, C. *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Bs. As., 1993.

Césaire, Aimé 1955 *Discours sur le colonialisme*. Presence africaine. Paris – Dacar.

Colloti, E. 1986 *La Alemania Nazi*. Hyspamérica ediciones Argentina. Bs. As..

Dawbarn, S. 2001. La Primera Guerra Mundial (1914-1918). En Aróstegui et al (Directores) *El mundo contemporáneo: historia y problemas*. Biblios. Bs. As.

Dias Carcanholo, M.y P. Nakatani 2004 Cuba: ¿socialismo de mercado o planificación socialista?. En *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*, Nº25 Año VIII. Bs. As.

Fanon, F. 1972 *Los condenados de la tierra*. Aquí y Ahora. Montevideo.

Haise, María, Fidel Tubito y Wilfredo Ardite 2000 Interculturalidad. En **Interculturalidad**. Serie bibliográfica EIB, número 1: 5 – 36.

Heller, Agnes 1985 *Historia y vida cotidiana*. Enlace – Grijalbo. México.

Hobsbawm, E. 1998 *Historia del siglo XX*. Crítica. Bs. As.

Huguet, M. 2001 La era de los proyectos totales: comunismo y fascismo (1917-1945). En Aróstegui et al (Directores) *El mundo contemporáneo: historia y problemas*. Biblios. Bs. As.

Ibáñez Caselli, María Amalia 2003 La educación intercultural bilingüe en la Argentina. Un desafío. En **Qinasay. Revista de educación Intercultural Bilingüe**, año 1, número 1: 71 – 77.

- Kroneberg, G. 1940 *La verdadera historia de la guerra europea*. Sopena Argentina. Bs. As.
- Lettieri, A. 2003 *La civilización en debate. Historia contemporánea: de las revoluciones burguesas al neoliberalismo*. Eudeba. Bs. As.
- Marx, Karl 2004 *La cuestión judía..* Quadrata. Buenos Aires.
- Morín, Edgar 2004 En el corazón de la crisis planetaria. En Braudillard, Jean y Edgar Morin *La violencia del mundo*. El Zorzal. Buenos Aires: 35 – 54.
- Nouschi, M. 1996 *Historia del siglo XX. Todos los mundos, el mundo*. Cátedra. Madrid.
- Rocchietti, Ana 2000 La verdad de la cultura: pobreza latinoamericana. **Herramienta**, 12: 105 – 118.
- Rocchietti, Ana 2004 Crímenes perfectos: cultura, libertad y autodeterminación. **Herramienta**, 25: 107 – 122.
- Rocchietti, Ana, Marcela Tamagnini, Alicia Lodeserto y María Laura Gili El retorno del Manifiesto. *Actas del V Congreso Nacional de Antropología Social*. Mar del Plata. CD.
- Satas, R. y S. Pujol 2003 *Historia de nuestro tiempo. El mundo entre 1969 y 2000*. Vol. I. Ediciones de Periodismo y Comunicación N° 25, Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. La Plata.
- Sousa Santos de 2005 Los desafíos del Foro Social Mundial. I. Wallerstein, J. Holloway y B. De Sousa Santos **Debates en el Foro Social Mundial**. Instituto de estudios y de Formación del CTA. Buenos Aires: 35 – 73.
- Trotsky, 1914 *La Guerra y la Internacional*. En Marxists Internet Archive, enero de 2003. www.marxists.org (13/03/2005)
- Williams, Raymond 1992 **Cultura**. Paz e Terra. Río de Janeiro.